

**N**os conocimos hace ya más de cuarenta años en Salamanca. Fuimos buenos amigos. Algunas fiestas consolidaron esta nuestra incipiente amistad. Marché de Salamanca y, ya en Barcelona, supe que daba una conferencia en su Universidad Central. No había pasado el tiempo, aunque hacía seis años sin saber nada de él. Y, como si el tiempo se hubiera paralizado, hablamos de todas las cosas y ni tiempo ni distancia habían menguado eso que los latinos llamaban “amicitia”. Nunca lo dudé. Antonio era mi amigo, bueno y sabio y divertido. Quiero decirlo así de claro: mi amigo Antonio era, además de trabajador infatigable, excelente traductor, admirable comentarista de textos griegos, era -repito- un hombre sabio y generoso. Y muy divertido. Los que le queremos mucho sabemos cuánto hemos perdido.

Su juventud anunciaba magníficos trabajos, pero su compañía -con la de Maíta, hijo, hija y, últimamente nieto, era una alegría para la inteligencia. En los tiempos actuales -de una mediocridad enorme- su compañía nos daba pábulo para la esperanza. Y con su muerte, todos somos mucho más pobres.

En Barcelona, con Maíta ya casado, vivimos años felices. Cómo no recordar nuestros viajes a Perpignan, donde podíamos asistir al cine que el “Régimen” no nos permitía ver, la buena mesa a la que los cuatro éramos aficionados, las largas conversaciones - eso sí, yo siempre preguntando y escuchando sus respuestas-, nuestro inolvidable viaje a Londres con las cosas que allí pasaron, etc.(Lo recuerdas, Maíta?)

Es cierto que todo no fue alegría. Al poco de llegar a Barcelona, Maíta quedó embarazada. Los “aires catalanes” no habían funcionado mal, pero... se rompió la alegría y, aquí, en Catalunya, quedó para siempre una parte de esa familia que Antonio amaba y

protegía sobre todas las cosas. Fue un duro golpe que sólo el tiempo y la llegada de Juan suavizaría.

En su casa de Cerdanyola del Vallés, donde el portero, al preguntar por él, contestaba: el “maestro está arriba”, abundaron las cenas, conversaciones y Antonio me pasaba sus publicaciones que yo leía con atención e interés. Fueron años inolvidables para los cuatro. Éramos tan jóvenes...

Todo tiene un fin. La marcha de Antonio y Maíta nos dejó un hueco en el corazón. Para llenarlo un poco les propusimos que fueran, los dos, padrinos de nuestro primer hijo. Así, de esta manera “colateral” eramos ya un poco “familia”. Bernat, nuestro hijo, pasó temporadas con ellos en Salamanca. Mi hija Anna siempre le decía a Antonio “Y... yo”. Antonio la bautizó como la “Senyoreta jo també”. Fueron tiempos bonitos. Hermosos, que, como dice Catulo, el maldito tiempo siempre rompe (en este caso un también maldito accidente).

Sus recuerdos los guardamos como un tesoro. Su memoria se hace presente cuando leemos sus escritos, pero su presencia... esa no volverá. Y es duro tener que aceptarlo. Por eso entendemos el dolor de Maíta, Juan y Lidia. Aunque ellos tuvieron más de lo que muchos no tendrán en su vida, lo perdido también es substancialmente mayor.

Hace unos años recibí su libro “La naturaleza retórica del lenguaje”. Es un libro magnífico, extraordinario. Es como un testamento de lo mucho que sabía. Su vida académica -si solo hubiera publicado ese libro- ya sería exitosa, pero sus trabajos culminan, pero no se acaban, en este escrito. Y hay una cosa que compartíamos Antonio y yo: el valor retórico de las palabras. No hay verdad. Todo es lenguaje y el nuestro, cotidiano, es retórico. Como escribía Eco en “El nombre de la rosa” la peor lujuria es la lujuria de la verdad. Nadie la posee, pero muchos lo creen.

Desearía que hubiera otra vida para poder seguir charlando amigablemente de las cosas de la vida. Como no lo sé, solo el recuerdo y el lamento pueden ocupar estos instantes. Desear ventura

a los suyos y mucha felicidad, si eso es posible. Y a Antonio decirle lo que inscribían los romanos en las lápidas S.T.T.L.

*Bernat Almenar Ibarra,*